

justicia: Isabel hizo llamar al juez y le dió orden de que enviara ministros y soldados en busca de la madre por diferentes caminos. Así se hizo, pero la fugitiva no pareció; y entonces la Duquesa se puso en oración, y una de sus criadas, toda medrosa de que aquella historia llegase á oídos de Conrado, le rogó que pidiera mucho á Dios se descubriera el paradero de la ingrata madre; á lo cual contestó ella: «Yo nunca pido á Dios sino que se haga su adorable «voluntad.» De allí á poco vieron llegar á la mujer y al marido que se arrojaron á los pies de la Duquesa pidiéndole perdon de su pecado; y al mismo tiempo declararon que, al huir, notaron que una fuerza invisible les estorbaba andar y les obligó á volverse atrás; cosa que á todos pareció un milagro obtenido por la oración de la Duquesa. Á la culpable madre la despojaron de cuanto le habían dado antes, á fin de repartirlo entre otros pobres mas dignos; pero Isabel, dominada de nuevo por la compasión, hizo que le diesen otro calzado y pieles para que se abrigara.

En medio de tan admirables pruebas de lo que Isabel podía con Dios, había ocasiones en que la humildad, á fuerza de pro-

funda, parecia rayar en desconfianza de la misericordia divina. Habia ocasiones en que por un momento caía en aquel desaliento y oscuridad interior, en que incurren aun las almas mas adelantadas en el camino del cielo, abrumadas por la condición mísera de la vida mortal; y en estos casos, aquel corazón, siempre ardiendo de amor, osaba dudar si hallaria en Dios un amor equivalente al que ella tenia absolutamente concentrado en él. Viniendo cierto dia á visitarla su antiguo confesor, el P. Roderiger de Wurtzburg, salieron juntos á pasearse por las orillas del Lahn seguidos de tres doncellas; y como el carácter de este religioso, mas suave y benigno que el de Conrado, inspirara tambien mayor confianza á la Santa, ésta, abriéndole su corazón, le dijo: «Hay una cosa que sobre todas me atormenta, reverendo Padre; y es el verme asediada por algunas «dudas en orden al amor de mi Criador hácia mí; no que él no sea infinitamente «bueno y siempre pródigo de su amor, sino por causa de mis grandes y numerosos desmerecimientos, que entiendo me «rechazan léjos de él á pesar de tener mi «corazón enteramente abrasado en amor

«suyo ¹. — No hay para que abrigar tales «temores, contestó el religioso, puesto que «es tan grande la bondad divina, que no «cabe en manera alguna ni por ningun tér- «mino la duda de si Dios nos ama infinita- «mente mas que nosotros á él ². — ¿Cómo, «pues, replicó Isabel, consiente que la tris- «teza y languidez me aparten de él á tiem- «pos, yo que quisiera hallarme siempre y «en todo lugar unida al Señor?» Respon- «dió el religioso que todo esto era indicio, no de una alma abandonada sino de una alma preferida, y que por tales caminos se aumentaba seguramente el amor de Dios; y extendiendo la mano hácia un hermoso árbol que ostentaba su gallardía en la opuesta orilla del rio, dijo á la Santa, ser mas fácil el que aquel árbol viniera por sí solo á plantarse en la orilla de acá por donde ellos paseaban juntos, que el que Dios

¹ Nihil adeo me torquet, religiose pater, quam quod aliquantulum diffidam de Creatoris mei erga me benevolentia, non quod eum summe bonum et sui amoris profusive ignorem, sed quod mea demerita multa esse comperiam, propter quae repellar, quantumvis ego illius amore exardescam. (Wadding, *Ann. Minor.*)

² Ut omnino certum sit, eum plus satis redamare amantem. (*Ibid.*)

fuese aventajado en amor por alguna de sus criaturas ¹. No bien el religioso hubo dicho esto, cuando con asombro de los circunstantes el árbol designado atravesó majestuosamente el rio y se quedó plantado en la opuesta orilla ². Conoció Isabel por este maravilloso signo del amor divino, cuán poderosa y eterna era la verdad de Aquel que habia dicho á sus discípulos: *Si tuiéreis se tanto como un grano de mostaza, diréis á aquel árbol: arráncate de ahí y vé á plantarte en medio del mar, y el árbol os obedecerá* ³. Y entonces, puesta Isabel á los piés de Rodinger, se confesó con él de este pecado de desconfianza, y pidió perdon de él.

Para dar á su oracion una fuerza tan invencible, cual hemos visto en tales maravillas, Isabel no hallaba mejor medio que el continuo ejercicio de esta oracion misma; y así es que sin ser parte á estorbárselo la

¹ Non derelictae sed dilectae haecesse indicia... Prius arborem proceram, ad oppositam ripam plantatam, ad eam in qua coambulabant, transituram, quam Deus in amore reciproco cederet creaturae. (*Ibid.*)

² Non omnino dixit cum... tota arboris moles transplantata fuit ad deambulationis locum. (*Ibid.*)

³ Luc. xvii, 6.

multitud de obras de misericordia, bastantes de por sí para ocuparla todo el dia, sabia hallar horas enteras para emplearlas en esta suprema facultad de la contemplacion y la oracion; realizando así el feliz y raro maridaje de la vida activa y contemplativa. Despues de atender, á imitacion de Marta, con afanosa solicitud á las necesidades de Jesucristo en la persona de sus pobres, venia, como María, á sentarse á los piés del Salvador para abismarse en la consideracion de sus gracias y beneficios. «Juro ante Dios, escribia al Papa su severo confesor, que raras veces he visto mujer de mas «alta contemplacion.» Horas enteras pasaba muchas veces en oracion con los ojos, las manos y el corazon dirigidos hácia el cielo; pasando tambien frecuentemente una parte de la noche en la iglesia, á pesar de que el confesor se lo tenia prohibido para que no se privara del necesario descanso: y, como no siempre en el templo hallaba la necesaria libertad y aislamiento, le gustaba salir á hacer oracion en medio del campo bajo la bóveda azul del firmamento, en medio de esa naturaleza cuyos mas menudos accidentes le traian á la memoria la grandeza y clemencia del

Criador. Segun la tradicion, siempre que sobrevenia lluvia estando ella orando al aire libre, el agua no la tocaba ni la mojabá poco ni mucho ¹. En estas piadosas correrias, era el sitio que mas le gustaba para orar la inmediacion de una bonita fuente, situada en un bosquecillo al pié de una escarpada montaña, poco distante del pueblo de Schrœck, á dos leguas de Marbourg. Siendo el camino quebrado y peligroso, mandó la Santa construir una calzada solada y una capillita junto al manantial. Este campestre y solitario sitio fue luego bautizado con el nombre de *Fuente de Isabel*, que todavia hoy conserva ². Por malo que

¹ La tradicion refiere igual milagro de san Pedro de Alcántara.

² Es uno de los sitios mas lindos de esta bella comarca. El pueblo de Schrœck es todavia católico, y hasta el año 1802 perteneció al arzobispado de Mayenza. Aun existe tambien la fuente; pero en lugar de la capillita hay ahora una especie de templo clásico de órden dórico y jónico, construido en 1596 por un landgrave protestante, con una inscripcion muy larga y de lo mas ridículo en estilo clásico, la cual comienza así:

Si, viator, quis sim, quidve portem quaeris,

Fons sum divae Elisabeth...

Ad me venit saepius

Deoque, naturae et mihi grata, etc.

estuviera el tiempo, había Isabel de ir á este amado retiro: por el camino también oraba andando; mas para todo él tenía suficiente con un *Padre nuestro*: ¡tan llena de reflexion y contemplativa era su manera de rezarle ¹!

Exactísima en asistir con ejemplar compostura á todos los oficios divinos, tenía en grande y afectuosa veneracion á los Santos de Dios, y escuchaba con piadoso interés la relacion de sus vidas, observaba escrupulosamente sus festividades, y daba á sus reliquias tierno culto; á cada paso hacia, para honrarlas, encender luces y quemar incienso delante de ellas. Despues del evangelista san Juan, la Magdalena era la que mas cautivaba su devoto afecto. Y, por supuesto, la Virgen santísima era el objeto preferente de su veneracion fervorosa; cuatro imágenes de esta Reina del cielo llevaba siempre consigo y las conservó hasta morir, legándolas entonces á su hija mayor, Sofia ². No por esto daba Isabel exa-

¹ Justí, pág. 263. Este escritor añade que los paisanos de Marbourg citaban este rasgo como ejemplo á los muchachos que farfullaban al rezar sus oraciones.

² Wadding, *Ann.* II, 224. Just. Lips., *Diva Virgo*

gerada importancia á tales signos exteriores de devocion, sabiendo distinguir perfectamente el valor puramente material de los objetos del sentido íntimo que la fe les atribuye. Así es que, hallándose cierto dia de visita en un monasterio, como los religiosos agrupados, en número de veinte y cuatro, al rededor de ella, se empeñaran de un modo particular en que fijase su atencion en los ricos dorados y esculturas que adornaban la iglesia de aquel su convento, les contestó ella: «Á la verdad que «el dinero que en todo esto habeis invertido fuera mejor empleado en vestiros y alimentaros antes que gastarlo en adornar «estas paredes; pues todas estas escultu-

Hallensis. Sofia, despues duquesa de Brabante, llevó consigo á Bélgica estas cuatro imágenes: una de ellas fue colocada en Vilvorde y se hizo famosa por sus milagros bajo el título de *Nuestra Señora del Consuelo*; la segunda en Gravesande; la tercera en las Carmelitas de Haarlem; y la cuarta en la hermosa iglesia gótica de Halle, cerca de Bruselas, donde todavía hoy se la venera y es visitada de muchos peregrinos. Justo Lipsio, uno de los mas ilustres sábios del siglo XVI, no se desdenó de consagrar una obra especial á la historia de esta imagen, bajo el título de: *Diva Virgo Hallensis*, y la pluma con que escribió este libro la legó á la imagen también, luego de concluido.

«ras, en el corazon es donde debeis llevar-
«las ¹.» Consigo misma no era menos seve-
ra sobre este punto; y como en una oca-
sion viera alabar grandemente la hermo-
sura de una imágen, para que entrara en
deseos de comprarla, «Para nada, dijo ella,
«necesito yo de esta imágen, pues la llevo
«grabada en el corazon ².» En iguales sen-
timientos abundaba el alma de uno de los
mas ilustres contemporáneos de la Santa,
aunque de un carácter muy diverso del
suyo; hablo de Simon, conde de Monforte,
de quien contaba san Luis á Joinville, como
habiendo venido á decirle «que corriera á
«ver el milagro que estaba sucediendo de
«haberse convertido el cuerpo de nuestro
«Señor en carne y sangre en las manos de
«cierto sacerdote, lo cual tenia á todos
«pasmados de admiracion,» él les respon-
dió: «Id vosotros, que lo dudais, á verlo;

¹ Ecce melius posuissetis hanc expensam in
vestibus vestris et victualibus quam in parietibus,
quoniam hanc sculpturam imaginum in corde ves-
tro gerere deberetis. (*Dict. IV Ancill.*).— Esta res-
puesta de nuestra Santa ha tenido el triste honor
de ser citada por Lutero con elogio en sus *Tis-
chreden.*

² Non habeo opus tali imagine, quia eam in cor-
de meo porto. (*Ibid.*).

«pues en cuanto á mí, lo creo y no lo dudo
«en manera alguna... Y por esta mi fe es-
«pero tener en el cielo una corona supe-
«rior á la de los Ángeles, los cuales, vién-
«dole cara á cara, no pueden menos de
«creerlo.»

Profundamente grabada en el alma de
Isabel la imágen de Dios, y presente, sin
cesar un punto, en su enamorado corazon,
no eran para ella necesarios los ordinarios
auxilios que con mano generosa proporcio-
na la Iglesia á las almas vulgares; pues co-
mo de continuo se levantaba en alas de la
contemplacion hasta la presencia de Dios
y de sus misterios mas augustos, perdía de
vista las imperfectas figuras que de los ob-
jetos de su fe podia ofrecerle la imagina-
cion humana. Conforme se le iba acercan-
do el término de su breve carrera, sus ora-
ciones se convertian en éxtasis y raptos, y
mas prolongadas y duraderas eran en ella
estas maravillosas suspensiones de la vida,
como para prepararla, por medio de una
transicion suave, el acceso á la vida eter-
na. Hacia lo último, eran ya cotidianos y
sostenidos por muchas horas estos deli-
quios; durante los cuales, apartada de los
dolores é insipidez de las cosas mundanas,

gustaba de antemano las delicias y goces del cielo ¹. Inmenso fue el número de revelaciones, visiones y sobrenaturales coloquios que en tales ocasiones tuvo; y aunque comunmente formaba empeño en que nadie tuviera noticia la mas pequeña de estos inmortales favores, no le era posible ocultarlos de todo punto á las compañeras de su retiro: mil veces traslucieron éstas el secreto al través del gozo y reconocimiento reflejados en el rostro de la Santa; y todos los contemporáneos tuvieron siempre por una cosa incontestable y evidente la existencia de estas milagrosas comunicaciones. Los habituales intermediarios entre el cielo y esta alma escogida ², eran los Ángeles del Señor, quienes además de ilustrarla con advertencias y celestiales ins-

¹ Rapiebatur enim in excessum et extasin mentis, sed non erat in eius raptu rara hora et brevis mora, verum multa frequentia et persistentia diuturna; siquidem per aliquot horas perduravit. (*Theod.*).

² Angelicas visitationes, visiones et allocutiones, multas revelationes tam diebus quam noctibus habere meruit. (*Ibid.*).—Los manuscritos de los Bolandistas en Bruselas contienen el discurso de un Ángel á la Santa en forma de homilía, que por lo demás es poco notable.

trucciones, acudian á consolarla en todas sus pruebas, y aun en los ligeros accidentes de la vida temporal. En una ocasion, por ejemplo, como Isabel hubiera albergado en su casa á una pobre enferma y cuidádola grandemente con cariñosa ternura, aquella infeliz, ya restablecida, tuvo la ingratitud de marcharse muy de madrugada y llevarse consigo los vestidos de la Santa su bienhechora, dejando á ésta reducida al extremo de no poder salir de la cama, porque nada le habia dejado aquella mujer con que cubrirse. En vez de impacientarla ó hacerla prorumpir en quejas tan desagradable incidente, la Santa se contentó con decir: «Amado Jesús mio, yo os doy «gracias de verme de esta guisa semejante «á Vos que vinisteis al mundo desnudo y «despojado de todo, y del propio modo fuís «teis clavado en la cruz.» Y segun ya habia sucedido otra vez, cuando dió todos sus vestidos á los pobres, vió aparecérsese un Ángel que le puso en las manos un hermosísimo traje, diciendo: «No te traigo corona como en otro tiempo, pues muy en «breve quiere Dios mismo coronarte en su «gloria ¹.» Y tambien muchas veces se le

¹ La leyenda añade que la Santa remitió al pun-

aparecia cara á cara el único dueño de su vida, Jesús en persona, acompañado de multitud de Santos, y la fortificaba con visiones consolándola con dulcísimas palabras ¹.

Segun dicho del grave Conrado, brillaba con soberana claridad el rostro de la Santa cuando salia ésta de tan celestiales raptos, reflejándose en él el resplandor divino que durante la oracion la habia inundado; y sus bellos ojos lanzaban miradas brillantes como el sol ², y cuya deslumbrante claridad no podian resistir las personas que estaban en pecado mortal. Cuando estos raptos se prolongaban por algunas horas, era tal la fuerza y vigor que le infundian, que por un espacio muy largo de tiempo no necesitaba tomar ni el mas

to este vestido al monasterio de Aldenberg para cambiarlo por unos harapos con que se vistió muy alegre y contenta.

¹ Ipsum quoque Dominum Iesum facie ad faciem... vidit, se benignissime alloquendo consolantem et apparendo confortantem. (*Theod.*).

² Frequentius viderunt faciem eius mirabiliter fulgentem et quasi solis radios ex oculis eius procedentes. (*Ep. Conr. Marb. ad Papam*). Splendida quippe fiebat facies eius, dum respiceret in eam Dominus. (*Theod.*).

ligero alimento, bastándola para subsistir corporalmente el alimento espiritual que recibiera ¹. El resto del dia su vida estaba absorbida en Aquel en quien se habia transformado por el amor; y para expresar el estado en que quedaba de resultas de estas comunicaciones celestiales, no hallaba palabras mas adecuadas que las del texto sagrado: *Mi alma se ha derretido cuando habló mi Amado.*

De esta manera debia acreditarse el instinto profético que desde chiquitita la habia inclinado á escoger por patron, amigo y modelo al bienaventurado Evangelista que habia recibido *el privilegio del amor*, y que, recostado sobre el pecho del Salvador, penetró allí todos los secretos del cielo ².

Toda su vida, pues, todo su ser estaban penetrados de un gozo divino: ni la tribulacion, ni las pruebas eran parte á turbar

¹ Diutissime permansit quod nullo cibo corporali, sed modicissimo pascebatur. Reficiebatur namque intus invisibili mentis cibo. (*Theod.*).

² Hic est beatissimus evangelista... qui privilegio amoris meruit honorari. Iste est Ioannes qui supra pectus Domini recubuit, beatus apostolus, cui revelata sunt secreta coelestia. (*Breviario romano*).

aquella paz y dulzura, ni menos á inquietarla é irritarla, pues antes bien las contrariedades tenian la propiedad de tornarla mas alegre y contenta que nunca. Los que la trataban de muy cerca jamás alcanzaron á vislumbrar en aquel semblante la expresion del mas pequeño disgusto, sin embargo de que lloraba con frecuencia, pues el don de santas lágrimas, que recibiera desde niña, se aumentaba cada vez mas en ella conforme iba acercándose al sepulcro. Cuanto mas feliz se sentia, tanto mas lloraba; pero corrian sus lágrimas como de un tranquilo y oculto manantial, sin jamás arrugarle el rostro ni alterar en nada la pura belleza y placidez de su fisonomía¹; antes bien añadian un nuevo encanto, y eran como la expansion suprema de un corazon incapaz ya de expresar sus afectos con palabras². El Esposo celestial recogia gota á gota estas lágrimas de sobrenatural alegría que ella dejaba caer en el

¹ Quandoque ipsa maxime iucunda fuit, maxime flevit, quod dictum mirabile videtur, simul gaudere et flere, et nunquam cum flebat faciem in rugas, id est deformitatem vertebat, sed lacrymae quasi de fonte, vultu eius serenissimo et iucundissimo existente, fluebant. (*Ibid.*)

² Rutebeuf.

cáliz de su vida, así como las que en otro tiempo le arrancaran de los ojos el amor humano ó las injustas tropelias de los hombres; unas y otras eran las perlas de la eterna corona que la estaba preparada en los cielos¹.

¹ Teodorico resume toda esta parte de la vida de la Santa en los términos siguientes: Refulgebat in ea conversatio amabilis, actio humilis, habitus contemptibilis, affectio sancta, cogitatio sincera, mundum cor, conscientia bona, intellectus purus et simplex, fides non ficta, spes invicta, caritas perfecta, vita immaculata, contemplatio continuata.—Añade que pudiera todavía añadir una infinidad de pormenores acerca de la Santa, pero que no lo hace por temor de parecer prolijo en demasía.

CAPÍTULO XXIX.

De como la amada santa Isabel fue á la edad de veinte y cuatro años convidada á las bodas eternas.

Iam hiems transit, imber abijt
et recessit: surge, amica mea, speciosa mea, et veni. Veni, sponsa mea, et coronaberis.

(Cant. 11, 11, 14).

Escasamente dos años habian transcurrido desde que Isabel, vistiendo el hábito franciscano, se habia revestido tambien de la fuerza necesaria para despreciar las alegrías de la vida y caminar derecha al cielo por caminos sembrados de tantas espinas, cuando el Señor se dió por satisfecho de la duracion de aquellas pruebas, y tuvo por felizmente rematada y coronada la dura empresa acometida por la Santa. «Ordenó, «pues, que tuviera el reino de los Angeles, «la que despreciara los reinos del mundo¹.» Como el divino Esposo del Cántico inspirado, vino á anunciar á su amada que el

¹ Ann. Hainaut.

invierno con todas sus tempestades era ya pasado, é iba á amanecer para ella la aurora de la eterna primavera. Tocaba á su fin el año 1231, año en que la Orden Seráfica vió subir al cielo á su glorioso hijo san Antonio de Padua, honor de Portugal y de Italia¹; y en el mismo debia tambien hacer otro nuevo sacrificio, y ver cortar su flor mas hermosa por la mano del Omnipotente, celoso en aumentar el ejército de sus santos². Tendida estaba Isabel cierta noche, cuyas horas repartia entre la oracion y el sueño, cuando se le apareció Cristo en medio de una luz deliciosa, y le dijo con voz dulcisima: «Ven, esposa mia Isabel, tierra amiga mia, ven al tabernáculo que para tí tengo aparejado desde toda la eternidad; yo mismo he de introducirte en él³.» Alborozada con estas nuevas de su inmediata y cercana libertad de la cárcel de esta vida, empezó Isabel, en cuanto hubo despertado, á hacer sus preparativos para este feliz viaje, disponiendo todo lo perteneciente á su entierro, y visitando por la vez postrera á sus pobres y enfermos á

¹ Murió en 13 de Junio de 1231.

² Vita Rhyt.

³ Juan Lefèvre.